

y la destruyó; en el mismo momento, el Regente, enterado de una conspiración tramada contra él por la duquesa del Maine en connivencia con el embajador español, familiarizábase con la idea de declarar la guerra á España. En septiembre de 1718, Dubois fué nombrado en comisión secretario de Estado de los Negocios extranjeros.

El duque del Maine, á quien el Regente había suplantado en 2 de septiembre de 1715 y que en 26 de agosto de 1718 había descendido de la categoría de príncipe á la de par, era hombre que á todo se resignaba; pero la duquesa Benedicta, nieta del Gran Condé, se encargó de vengar á su marido. Mujer de pequenísima estatura, casi enana, pero encantadora, había causado gran aflicción al duque por el desprecio con que le trataba, y también por sus gastos, sus caprichos y su vanidad. Tenía en Sceaux una corte de señores ociosos que soñaban con desempeñar un papel político, de literatos, de libelistas y de poetas mediocres, que componían canciones, ora contra el Regente, ora contra su hija, la señora de Berry. La duquesa, que dirigía el partido de la antigua corte, quiso unirse á Felipe V, á quien consideraba como heredero de Luis XIV, y fué la inspiradora del complot llamado de Cellamare.

Ese complot parece una novela. El jesuita Tournemine presenta á la duquesa á un aventurero de Lieja, el barón de Walef, que se ofrece á realizar, en su nombre, un viaje á España; la duquesa le encarga que ponga á Felipe V al corriente de sus intenciones y le entregue cien luises en oro y una carta de crédito, y Walef se avista con Alberoni y le somete el plan de un reparto de los reinos de Francia, España y Sicilia para el caso de fallecer Luis XV.

La duquesa, empero, quiere ponerse directamente en correspondencia con Alberoni, y como para ello es preciso recurrir al embajador de España, Cellamare, entra en relaciones con éste por mediación del conde de Laval y de cierto marqués de Pompadour, hombre sin recursos y á caza de medios de fortuna. En su casa del Arsenal recibe la duquesa la visita del embajador á quien entrega unas memorias, en las cuales están expuestas las razones que habían de determinar á Felipe V á aliarse con Francia contra el emperador é Inglaterra; Cellamare se limita á poner en conocimiento de Alberoni, en 25 de mayo de 1718, la entrevista del Arsenal. Pero una vez firmada, en agosto de 1718, la Cuádruple Alianza, Alberoni procura sacar partido de las intrigas de Francia, y en nuevas entrevistas celebradas en el Arsenal se habla de agitar la opinión contra el Regente, de reclamar la convocación de los Estados generales y de establecer otra forma de Regencia.

Cierto P. Brigault aconseja á la duquesa en su correspondencia con Madrid, redacta las memorias y corrige los escritos que aquella envía á España: una petición de los franceses al Rey Católico solicitando la convocación de los Estados generales; una carta que Felipe V había de escribir á Luis XV; una circular que dirigiría á los parlamentos y un manifiesto ordenando aquella convocación; carta, circular y manifiesto que se esperaba devolvería firmados el monarca español.

Felipe, sin embargo, comprendía que no podía hacerse cargo de la Regencia ni siquiera transmitirla al duque de Borbón ó al príncipe de Conti y menos aún á los

bastardos; así es que se acogió á la combinación de formar un Consejo de Regencia del que formarían parte los príncipes de la sangre, incluso los bastardos, y un cierto número de personajes ilustres.

Corrió entonces el rumor de que el Regente iba á ser secuestrado y de que 6.000 contrabandistas reunidos en las inmediaciones de París estaban preparados para un golpe de mano; pero, en realidad, nunca existió un peligro serio, pues los hombres más hostiles al Regente, como Villars y Tessé, no se hallaban dispuestos á correr aventuras, y en el ejército únicamente el teniente general Saint-Geniez-Navaille y el conde de Aydie se comprometieron abiertamente con España.

Dubois, durante su embajada en Londres, había sabido el complot, en julio de 1718, por conducto de Stanhope, y avisó al Regente. Un empleado de la biblioteca del Rey, Buvat, cuya letra había sido reconocida en una memoria enviada á Londres por Cellamare, vióse obligado, para eludir el castigo, á tener al Gobierno al corriente del trabajo de copista que los conjurados le confiaban.

Cuando hubo sido nombrado secretario de Estado de los Negocios extranjeros, Dubois vigiló más que nunca á Cellamare. En 25 de noviembre, el embajador francés en España, Saint-Aignan, le advirtió que Felipe V proyectaba encender la guerra civil en Francia y se proponía llevarse consigo á su hijo, el príncipe de Asturias, dejando el gobierno de España confiado á una junta. Dubois, al enterarse de esto, mandó detener en Poitiers, en 5 de diciembre de 1718, al P. Porto-Carrero y al hijo del marqués de Monteleón, que llevaban á España los despachos de Cellamare. En 13 de diciembre confiscáronse los papeles del embajador y éste fué vigilado de cerca; el P. Brigault y el duque y la duquesa del Maine fueron arrestados.

El duque del Maine fué conducido á Doullens por un teniente de guardias de corps y un sargento de mósqueteros.

«Pocas veces interrumpióse el silencio en la carroza, dice Saint-Simón; de cuando en cuando el señor del Maine decía que era... muy adicto al rey, que no lo era menos al señor duque de Orleans... y que le afligía en extremo que su Alteza Real diera crédito á sus enemigos... todo esto á intervalos y entre muchos suspiros; de cuando en cuando se persignaba, ó parecía mascullar oraciones ó inclinaba la cabeza cada vez que pasaban por delante de una iglesia ó de una cruz.»

La duquesa, que había recibido altaneramente al señor Amenís, capitán de guardias de corps, fué conducida al castillo de Dijón, en donde permaneció seis meses aburriéndose mortalmente, fué trasladada luego á Chalons-sur-Saone, en donde no se aburrió menos, y acabó por confesar y someterse á fin de recobrar la libertad.

Con el P. Brigault fueron encerrados en la Bastilla Pompadour, Laval, Malezieux, secretario de órdenes de la duquesa, la señorita de Launay, doncella de honor de ésta, el cardenal de Polignac, el marqués de Boisdavy y otros, todos los cuales quedaron en libertad luego que hubieron hecho confesiones por escrito. Aquellas personas no eran gente temible y el complot era simplemente ridículo, mas no por ello dejó de quedar España desacreditada.

Dubois publicó los documentos de la conspiración; la opinión pública indignóse contra la deslealtad del embajador Cellamare; el Consejo de Regencia en pleno votó por la guerra contra España, y el mismo Torcy aprobó la política del Regente, obligado á hacer la guerra para defenderse, pero, al propio tiempo, para asegurar la paz de Europa.

Después de una inútil tentativa de conciliación que cerca de Felipe V hizo la Cuádruple Alianza, Inglate-

Berwick. Como las principales fuerzas de España se hallaban en Sicilia, Berwick no encontró en parte alguna resistencia seria; ocupó el puerto de Pasajes, quemando en él algunos buques, y se apoderó de Fuenterrabía en 18 de junio y de San Sebastián el 19 de agosto. Mientras sitiaba esta última plaza, un cuerpo destacado de su ejército fué á quemar algunos barcos españoles en Santoña á fin de complacer á los ingleses. Guipúzcoa estaba conquistada. Felipe V, que había



Isabel de Parma, reina de España

rra, que había roto ya las hostilidades contra los españoles en Siracusa, les declaró la guerra en 28 de diciembre de 1718, y otro tanto hizo Francia en 9 de enero de 1719. Felipe V publicó manifiestos que los parlamentos condenaron y se rompieron las hostilidades.

Alberoni intentó una doble diversión organizando una expedición á Escocia y fomentando un levantamiento en Bretaña. De Cádiz salió, al mando del conde de Ormond, una flota con un cuerpo de desembarco de cinco mil hombres á la que debía juntarse el pretendiente, llamado al efecto de Italia; pero habiéndose levantado en 7 de marzo una tempestad en el golfo de Vizcaya, los buques españoles quedaron desmantelados ó dispersos y solamente dos fragatas llegaron á su destino en 16 de abril.

Los franceses, á las órdenes de Berwick, pasaron el Bidasoa en 21 de abril, y el 27 el rey de España, tomando el nombre de Felipe de Francia, lanzó una declaración invitando al ejército invasor á que se uniera á sus tropas, declaración á la que contestaron los parlamentos con decretos y Luis XV con una carta á

llegado á Pamplona, había intentado varias veces ir al campamento de Berwick, en la creencia de que un nieto de Luis XIV que se presentara delante de franceses sería por ellos aclamado.

Berwick, que no tenía el material necesario para poner sitio á Pamplona, regresó á Francia á fin de entrar en Cataluña, apoderóse de Urgel en 12 de octubre y sitió Rosas; mas como no recibiera artillería retiróse al Rosellón con objeto de establecer allí sus cuarteles de invierno, cerca de Cataluña, en donde era siempre posible una insurrección contra España.

La diversión intentada en Bretaña no dió mejor resultado que la de Escocia. Los Estados de Bretaña que, en 1717, se habían negado á votar el donativo gratuito y que acusaban al gobernador Montesquiou de violar los privilegios esenciales de la provincia, la libre votación de los impuestos, rompiendo así el contrato que les ligaba á Francia, fueron disueltos, y varios hidalgos y consejeros del parlamento desterrados. En 1718 habían consentido el donativo gratuito, pero habiendo querido el Regente restablecer un impuesto sobre las bebidas que él mismo había suprimido, la nobleza se



negó tenazmente á votarlo; y aunque el clero y el tercer estado se prestaban á aceptarlo, la nobleza sostuvo que su negativa hacía ley, que para la votación de los impuestos se requería la unanimidad de los órdenes y que la percepción del impuesto sería ilegal. El parlamento de Rennes dirigió en 20 de agosto representaciones al Regente; pero como precisamenté entonces el joven rey, en asamblea solemne, prohibía al parlamento de París el uso de las representaciones, la nobleza bretona no obtuvo sino una respuesta dura. En vista de ello, aquellos nobles presentaron una protesta ante la escribanía del parlamento, y éste, en 7 de septiembre, prohibió toda percepción de impuestos sin consentimiento de los Estados. Al día siguiente, fueron desterrados sesenta y tres hidalgos, y Montesquiou hizo saber á los Estados, de parte del rey, que si alguien se atrevía á oponerse á la ejecución de los decretos del Consejo, no se haría esperar el castigo. Varios miembros de la nobleza fueron arrestados; otros redactaron un acta de asociación para la defensa de las libertades de la provincia, acta de cuya circulación se encargaron las señoras de Kankoen y de Bonnamour, quienes declaraban infame y degradado de la nobleza á todo hidalgo que se negase á firmarla.

En abril de 1719 organizóse una conspiración en una asamblea celebrada en la abadía de Lanvaux, á cuatro leguas al Norte de Auray. El señor de Lambilly propuso que se pidiera el auxilio de España, y aunque á su proposición se adhirió sólo uno de los asistentes, no por esto dejó de enviar á Felipe V, á fines de mayo de aquel año, un mensajero llamado Melac-Hervieux que se presentó al monarca español como diputado de la nobleza bretona. Felipe prometió tropas á los bretones y en junio dió á Melac 30.000 libras para comprar armas.

Los sublevados bretones apercibieronse á la guerra contra el rey de Francia y nombraron los jefes del futuro ejército: Coué de Salarum, comisario general; Le Gouvello de Kerantré, mariscal de campo; Lambilly, intendente y tesorero general. Los obispos de Bretaña eran subdivisiones militares, cuyos jefes formaban una especie de consejo de guerra. Ante éste presentóse Melac-Hervieux á su regreso de España para exponer las proposiciones de Felipe V que fueron aceptadas: Bretaña había de poner en pie de guerra doce mil infantes y dos mil jinetes, y España proporcionar cuatro batallones, dinero y un general. Los jefes bretones, en su mayoría ex oficiales del ejército, en vez de hacer en seguida la guerra de guerrillas, en la que habrían tenido probabilidades de luchar sin gran desventaja, quisieron practicar la guerra metódica y esperaron la llegada de las tropas de España; pero la escuadra española fué bloqueada por los ingleses en la Coruña y los transportes fueron inmovilizados en septiembre de 1719.

Un francés, desde Santander, denunció al Regente los movimientos de los españoles; y en Nantes el delegado Mellier, puesto al corriente por un traidor, descubrió la conspiración. Entonces hubo gran dispersión de conjurados: algunos señores comprometidos embarcaron en Lokmariaker y pudieron llegar á España; otros fueron reducidos á prisión y comparecieron ante un tribunal real, instituído con facultades excepcionales en Nantes, que los juzgó en octubre de 1719. Estos últi-

mos fueron los señores de Pontcallec, de Montlouis, Le Moyne de Talhouet y du Conedic, gente infeliz cuya defensa fué muy floja y que no supo explicar ni la causa ni el objeto de su rebelión. Todos ellos fueron condenados á muerte y ejecutados delante del castillo en 26 de marzo de 1720; otros diez y seis, que se habían refugiado en Madrid y en Parma, fueron ejecutados en efigie.

#### IV.—Aproximación de Francia y España (1722)

Todos esos acontecimientos condenaban la política española. Alberoni, cuando vió invadido el territorio español y fracasados los complots de Francia, quiso entrar en negociaciones con el emperador y con Inglaterra; pero como los aliados se habían comprometido á hacer de su desgracia la condición esencial de la paz, Felipe V le mandó salir del reino en noviembre de 1719.

En 16 de febrero de 1720, el embajador de España en La Haya, Beretti-Landi, notificó á los plenipotenciarios del emperador, del rey de Francia y del rey de Inglaterra, la adhesión de su soberano á la Cuádruple Alianza, de lo que se levantó acta en aquella capital el día 20 de mayo.

Desde aquel momento el Regente y Dubois cambiaron de conducta respecto de España y procuraron convertir la aproximación á que la habían obligado en una alianza íntima. El embajador de Felipe V en París, Patricio Laulés, continuó durante algún tiempo haciendo ver á su rey que Francia, arruinada por el Sistema y desgarrada por las discordias religiosas, estaba en condiciones propicias para una próxima desmembración; pero en Madrid, el marqués de Maulevrier y el P. de Mornay pusieron las cosas en su punto. En 27 de marzo de 1721 firmóse entre los reyes de Francia y de España un tratado de alianza defensiva con garantía recíproca de sus posesiones; España recobraba las plazas conquistadas por Berwick y Francia le prometía apoyar sus pretensiones sobre Toscana, Parma y Plasencia y aun influir cerca de los ingleses para obtener la restitución de Gibraltar. Los ingleses nada quisieron saber de esto último, pero consintieron en proceder con Francia y España á la formación de una nueva Triple Alianza en 13 de junio de 1721.

Felipe V, firme en su idea de una alianza íntima, propuso el doble matrimonio de su hija única, la infanta María Ana Victoria, con Luis XV, y de su hijo primogénito, el infante don Luis, con la señorita de Montpensier, hija del Regente, proposición que éste aceptó desde luego.

Saint-Simón refiere que una mañana el Regente comunicó al rey la gran noticia y que Luis XV, que entonces tenía once años, se echó á llorar ante la idea de tomar por esposa á una niña de tres años. Su preceptor Fleury hubo de esforzarse mucho para lograr su consentimiento, y aquella misma tarde celebró sesión el Consejo de Regencia.

«Sentados todos en sus sitios—dice Saint-Simón,—todas las miradas se fijaron en el rey, que tenía los ojos encarnados y muy abiertos y estaba sumamente serio. Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales el señor duque de Orleans paseó la vista por toda la asamblea, que parecía llena de expectación, y luego,

clavándola en el rey, preguntó si tenía á bien que participase al Consejo su matrimonio. El rey respondió con un sí seco y dicho en voz muy baja, pero que fué oído por los cuatro ó cinco más cercanos de cada lado, y en seguida el duque de Orleans dió cuenta del casamiento y de la próxima venida de la infanta, explicando á continuación la conveniencia y la importancia de la alianza y de estrechar por medio de ella la unión tan necesaria de las dos ramas reales, tan próximas, después de las enojosas circunstancias que las habían enfiado. Su discurso fué breve, pero nervioso, porque hablaba admirablemente...»

El mismo día enviábase á Madrid un despacho anunciando el consentimiento del rey (1).

Felipe V, al recibir la noticia, hizo cantar un *Tedeum* y escribió á su hija la niña de tres años:

«No quiero que sepáis por otro que por mí mismo, queridísima hija, que sois reina de Francia. He creído que en ninguna parte podía colocaros mejor que en vuestra misma casa y en un reino tan hermoso. Espero que estaréis contenta de ello. Por lo que á mí hace, siento tanta alegría de ver terminado ese gran negocio que no puedo expresarla, ya que os amo con todo el cariño que no podríais imaginar. Dad á vuestros hermanos esta buena noticia y besadles en mi nombre. Yo también os beso con todo mi corazón (2).»

Las gestiones oficiales se hicieron inmediatamente; el duque de Osuna partió para París y el duque de Saint-Simón para España; y el cambio de la infanta y de la señorita de Montpensier efectuóse en el Bidasoa, habiendo sido preciso arrancar á la princesa de los brazos de su aya, la duquesa de Montellano. Llegada á París, la infanta fué saludada con la acostumbrada solemnidad por los discursos de las corporaciones constituidas.

Tal fué la política de la Regencia, en la que Dubois tuvo la principal parte y cuyo principio fué la alianza inglesa. Inglaterra se aprovechó de ella, pues el disentiendo entre Francia y España hizo cesar el peligro de una restauración jacobita. Por esto los adversarios de Dubois le echan en cara el haber sacrificado España á Inglaterra: «Su política, dijo Saint-Simón, demostraba todo nuestro servilismo en favor de Inglaterra y nuestra ceguera sobre nuestros intereses más evidentes.» Dubois no merece, sin embargo, tales censuras. La paz de Europa hallábase amenazada por ambiciones é intereses personales; el pretendiente quería ser rey de Inglaterra, el rey de España mantener sus derechos sobre la corona de Francia y el emperador suplantar al monarca español; la reina de España tenía varios hijos que colocar en tronos, y un ministro, extranjero en el país que gobernaba, aspiraba á representar un gran papel en el teatro de Europa. Por todas esas causas la guerra parecía segura. Dubois y el Regente defendieron contra Felipe V, Isabel Farnesio y Alberoni, y su

(1) El Regente tardó diez ó doce días en declarar el matrimonio de su hija con el príncipe de Asturias, porque comprendía perfectamente los celos que ello había de despertar contra su persona y su familia.

(2) Los hijos varones de Felipe V eran cuatro: los dos mayores, don Luis y don Fernando, habíalos tenido de la difunta reina María Luisa y contaban, el primero, diez años, y el segundo, nueve; los otros dos, hijos de Isabel de Farnesio, eran don Carlos y don Felipe, de cinco años y de uno respectivamente.

inteligencia con Inglaterra, Holanda y el emperador sofocó inmediatamente la guerra comenzada; y así que España se hubo entregado á discreción, reconciliándose con ella, estrecharon con nuevos vínculos muy íntimos la alianza entre los Borbones de Francia y los de España, y aun prepararon el advenimiento de la casa de Francia-España en Italia, sin abandonar por esto la alianza de Inglaterra, que había de durar hasta 1742 y debía mantener, salvo durante la corta guerra de 1733 á 1735, la paz de Europa, tan beneficiosa para Francia. No parece que pudiera hacerse nada mejor que lo que se hizo. Dubois fué un habilísimo ministro de Negocios extranjeros en aquel período, por lo demás muy poco interesante, de la política europea.

#### V.—La política molinista de Dubois (1720-1721)

También fué Dubois quien dirigió la política eclesiástica de la Regencia, y razones tenía para interesarse en ella, ya que de este modo esperaba alcanzar la dignidad de cardenal que completaría y consolidaría su fortuna. Lord Stairs adivinó su ambición y de ella dió cuenta á Stanhope; el ministro inglés sometió el caso al gabinete de Viena y muy pronto Austria é Inglaterra se unieron para asegurar el capelo al negociador de la Cuádruple Alianza. Stairs puso entonces á Dubois al corriente de todo y pidió al Regente que interviniera cerca de Roma; pero éste se negó diciendo que no quería que su secretario de Estado adquiriese más independencia respecto de él.

Dubois, creyendo que los jesuitas podrían ayudarle, hizo saber á Roma, por conducto de su emisario, el P. Lafitteau, que tenía medios para poner al Regente en buena inteligencia con los jesuitas y con la Santa Sede; pero Roma, para tenderle un lazo y desprestigiarle si aceptaba, se mostró dispuesta á concederle el «capelo» que se quitaría á Noailles, el arzobispo jansenista de París; á lo que él respondió que no podía despojarse al arzobispo de la dignidad que el prelado debía al «nombramiento» del rey.

Inglaterra hizo un nuevo esfuerzo. En 21 de octubre de 1719, el rey Jorge pidió personalmente al Regente que apoyase á Dubois en Roma, y el Regente al fin decidió escribir á Clemente XI; pero el papa no se dejó convencer y el asunto parecía muy comprometido, cuando el embajador imperial en Londres, Pentenriedter fué trasladado á París. Apenas instalado en su nuevo puesto, este diplomático quiso reanudar por bajo mano el negocio del capelo, y al saber que acababa de fallecer en Roma el cardenal La Tremoille, arzobispo de Cambrai, fué á ver al Regente y le pidió aquella sede para Dubois. En vista de que el Regente no formulaba objeciones, Pentenriedter escribió á Stanhope; el rey de Inglaterra, á su vez, escribió al Regente, recordando los importantes servicios prestados por Dubois, y por último fué éste nombrado arzobispo de Cambrai en 4 de febrero de 1720.

Dubois usaba cuello de clérigo y la gente le llamaba abate porque poseía algunas abadías; pero no había recibido órdenes sagradas, así es que fué preciso administrarle uno tras otro el subdiaconado, el diaconado y el presbiterado. Un sobrino suyo, canónigo de San Honorato, le enseñó á decir misa, que dijo por vez prime-



ra el día de su consagración. Esta ceremonia, que se efectuó en 9 de Junio de 1720 en la iglesia de Val de-Grace, fué magnífica, habiendo concurrido á ella el Regente y «toda la Francia;» fué prelado consagrante el cardenal de Rohán, asistido de Tressán, obispo de Nantes, y de Massillon, obispo de Clermont. Se ha censurado á este último por la complacencia que demostró con Dubois; pero Saint-Simón explica que un hombre «tan insignificante» no podía hacer menos que un prelado de ilustre prosapia como Rohán. Después de la consagración sirvióse un espléndido banquete en el Palacio real; Dubois sentóse en el centro de la mesa de honor, enfrente del mariscal de Villeroy y rodeado de los cardenales de Rohán, de Bissy y de Gesvres, del nuncio del papa, de un enviado del emperador, de los mariscales de Berwick, de Estrées y de Tallard, y de gran número de prelados, abates é hidalgos. Massillon se había deshonrado en noble compañía.

El nuevo arzobispo, pensando siempre en el «capelo,» intentó reconciliar á los jansenistas y á los molinistas é indujo á los jefes del partido de la Constitución, los cardenales de Rohán y de Bissy, á negociar con el cardenal de Noailles que continuaba siendo considerado como jefe de los contrarios, y á formular con él un «cuerpo de doctrina» aceptable para los jansenistas y para los constitucionales. El texto de aquel cuerpo que fué redactado con el concurso del P. Latour, general del Oratorio, y por un obispo de Bayona llamado Dreuillet y conocido por la influencia que ejercía sobre Noailles, era bastante vago para que todos encontraran en él la expresión de sus opiniones. A fuerza de halagos conquistóse para la causa del «arreglo» al más celoso de los constitucionales, Languet de Gergy, obispo de Soissons; también fueron conquistados los jesuitas, y la mayoría de los obispos acabaron por ceder. Noailles había dado su aprobación por escrito y redactó una pastoral adhiriéndose á la bula *Unigenitus*, pero no quiso publicarla hasta que se hubiese registrado una declaración del rey sobre el «arreglo.»

La declaración se publicó en 4 de agosto; en ella se hacía saber al público que se habían cambiado explicaciones entre cardenales, arzobispos y obispos, dentro de un «espíritu de concordia y de caridad;» se ordenaba que se aceptase la bula y se prohibía escribir, «sostener ó propalar» nada contra ella y hasta apelar de ella ante el futuro concilio. Como el parlamento de París estaba desterrado en Pontoise, según hemos visto, desde el 20 de julio (1), la declaración fué enviada al parlamento de Flandes, que la registró; pero Noailles no se contentó con el registro del Tribunal provincial y la declaración fué llevada á Pontoise, en donde encontró tales dificultades que el gobierno la retiró. Dubois la presentó al Gran Consejo, que la rechazó, y entonces acudió á él el Regente, en 23 de septiembre, acompañado, según dice Barbier, «de todos los príncipes de la sangre y de varios mariscales de Francia, duques y pares,» formando un total de treinta y cinco personas á las cuales pensaban hacer votar. Como en aquella sesión del Consejo no había presentes más que diez y ocho consejeros ó presidentes, no fué posible resistirle; por fórmula se le hicieron algunas objeciones, á las que

(1) Véase: pág. 17.

él contestó «sabiamente,» y la declaración fué registrada «por pluralidad de votos.» Noailles, sin embargo, se obstinó en su exigencia, pues para él no había más registro válido que el del parlamento de París; además, sentía escrúpulos y deploraba los compromisos que había contraído. La declaración volvió, por consiguiente, á aquel parlamento que, trabajado vigorosamente por los jansenistas, la rechazó diciendo que sería la causa de la ruina de la iglesia galicana; pero ante la amenaza de ser desterrados á Blois y de ver su jurisdicción disminuída por la creación de dos tribunales rivales, en Tours y en Poitiers, los magistrados al fin la registraron en 4 de diciembre de 1720.

Noailles publicó entonces su pastoral, pero inmediatamente los jansenistas le trataron de renegado. Excitáronse las pasiones y circularon listas de apelantes al futuro concilio, en una de las cuales se leía: «El rey es dueño de nuestros bienes y de nuestras personas, mas no de nuestras conciencias.»

Como los apelantes parecían nuevamente objeto de persecuciones, la masa del pueblo se declaró en su favor. Cuéntase de una criada, que habiendo encontrado á un sacerdote constitucional que llevaba el viático á un enfermo, se arrojó y exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¡Os adoro, aunque estéis en manos de un hereje!» Los jansenistas de provincias no estaban menos exaltados que los de París, como lo prueba el siguiente diálogo sostenido entre un canónigo de Marsella y una superiora de convento, sospechosa de jansenismo, en los días en que la peste asolaba aquella ciudad (2): «A vosotros, dice el canónigo, atribuye el señor obispo los azotes que afligen á su diócesis.» «De la misma manera responde la abadesa, acusan los paganos en otro tiempo á los cristianos de todos los males del imperio, porque no adoraban sus ídolos.»

Pero Dubois, que, habiendo puesto de acuerdo á los jefes de ambos partidos, sentíase fuerte contra los adversarios, hizo condenar por decreto del Consejo la apelación que de la bula habían interpuesto en 1717 ante el futuro concilio los obispos de Mirepoix, de Sennez, de Montpellier y de Boulogne, y que la Sorbona había aprobado; anuló las actas de apelación de los cabildos é hizo á los superiores de las comunidades responsables de las resistencias de sus inferiores. Vigiló personalmente á los benedictinos y á los padres del Oratorio, distribuyó reales órdenes de destierro ó prisión y provocó descontentos y cóleras, pero consiguió restablecer momentáneamente la paz y se creyó con derecho á contar con el agradecimiento de la Curia romana.

Roma, sin embargo, negóse mientras vivió Clemente XI á concederle el «capelo;» así es que cuando murió aquel papa, Dubois trabajó sin descanso para lograr la elección de un pontífice más dócil. Por mediación de Lafitteau, entabló negociaciones con los cardenales Gualterio y Albani; envió 30.000 escudos al cardenal

(2) Un buque mercante procedente de Saida había llegado á Marsella en 15 de mayo de 1720 y llevado allí la peste. Había habido una mortalidad espantosa y las gentes de posición huían, quedando las demás amenazadas de perecer de hambre. La peste se propagó á las ciudades vecinas de Arlés y Tolón, ganó el Gervaudán y amenazó el Delfinado. El obispo Belzunce, prelado constitucional, atribuía la peste á la cólera divina motivada por la existencia del jansenismo en Marsella.

de Rohán para conquistarse partidarios; hizo partir para tomar parte en el cónclave á los cardenales de Bissy, de Polignac y de Mailly, y finalmente envió á un hombre de confianza, el P. de Tencin, á casa del cardenal Conti, que era uno de los papables, para prometerle el apoyo de los franceses á condición de que daría la púrpura á Dubois. Conti prometió y firmó su promesa, pero una vez elegido papa, con el nombre de Inocencio XIII, tardó en cumplirla. Dubois se hacía el indiferente y escribía á Tencin: «El sombrero más extravagante hoy en día, en mi concepto, es el capelo de cardenal...» Sin embargo añadía: «La rabia y la perversidad de los que se atraviesan en nuestro camino me enfurecen.» A pesar de todo, aún envió 100.000 libras para la familia del papa, familia «pobre,» dice Tencin, «gloriosa y hambrienta.»

Al fin Dubois es nombrado cardenal y en 25 de junio de 1721 el duque de Orleans le presenta al rey como el prelado á quien Su Majestad debe la tranquilidad de su Estado y de la Iglesia de Francia.

Aquella promoción, lo mismo que la consagración y todo cuanto sucede en aquella época extraña, divierte á los parisienses, que cantaban:

¡Que todo el mundo se alegre!  
Admiremos á Su Santidad  
Que transforma en cangrejo  
A ese sapo ruin, enlodado.  
Después de tan hermoso milagro,  
Su Infalibilidad  
No ha de hallar ya obstáculo alguno  
En ninguna Facultad.

#### VI.—Fin de Dubois y del duque de Orleans (1723)

Dubois, sin inmutarse, prosiguió su camino. Cuando fué cardenal, como lo habían sido Richelieu y Mazarino, quiso ser, como éstos, primer ministro, es decir, poner bajo su autoridad á los ministros y secretarios de Estado, sus colegas; dar á la administración una orientación uniforme; hacer «converger,» como él decía, todas las partes del gobierno «á un punto fijo.» Ante todo creyó conveniente entrar en el Consejo de Regencia, que subsistía en su primera forma; pero para no dar lugar á ningún debate personal sobre la categoría que en él aspiraba á tener, comenzó por introducir en el mismo al cardenal de Rohán, el cual reclamó la precedencia sobre los duques, pares y mariscales. Retiráronse éstos y el canciller de Aguesseau les siguió; y como en el Consejo ya no quedaban más que príncipes, á quienes los cardenales no disputaban la categoría, Dubois entró en él.

La ambición que tenía de ser primer ministro vióse secundada por el Regente, porque se acercaba la época de la mayor edad del rey y el duque de Orleans creía que cuando ésta llegase, no podría conservar su autoridad más que por mediación de un hombre como el cardenal. Acaso también temía excitar la opinión si por sí mismo restauraba las funciones de primer ministro. Dubois le entregó una memoria en la que decía que si necesario era dejar á cada secretario de Estado sus atribuciones particulares, no lo era menos concertar con ellos diariamente las resoluciones de Su Alteza Real y evitar los «inconvenientes de un gobierno repartido.» Dubois fué nombrado primer ministro por letras patentes

de 22 de agosto de 1722; el Regente conservaba la presidencia del Consejo de Regencia y había de presidir asimismo los Consejos de los despachos y de la hacienda, restablecidos en la forma que antes de la Regencia tenían; además continuaba teniendo la firma de los estados y libramientos de fondos.

Al llegar el rey á la mayor edad, en 16 de febrero de 1723, el duque de Orleans le hizo entrega de sus poderes; Dubois vió ratificados los suyos y en su favor Luis XV restableció la secretaría de Estado de los Negocios extranjeros. El Consejo de Regencia desapareció y en su lugar restablecióse el antiguo Consejo superior, del que formaron parte el rey; los duques de Orleans, de Chartres y de Borbón, Dubois, y el preceptor del monarca, Fleury.

Dubois obtuvo también el honor de ingresar en la Academia, y el día en que fué recibido en ella, el obispo de Soissons, Languet, díjole hablándole de la corporación: «Constituída bajo los auspicios del Cardenal Primer Ministro, ve con gusto reaparecer la imagen de éste y se lisonjea de que pronto verá en la misma dignidad los mismos prodigios; se lisonjea de que hallará en vos un segundo Richelieu.» Finalmente presidió la asamblea del Clero de Francia, la cual consideróse con ello tan honrada, que votó ocho millones de donativo gratuito.

En el apogeo de esta gloria anuncióse la muerte. Súpose en la ciudad que el médico La Peyronie, llamado para asistir al cardenal enfermo, había diagnosticado un abceso en la vejiga, lo que dió lugar á que se cantaran coplas groseras como la siguiente:

El señor de La Peyronie,  
Al visitar al cardenal,  
Dice: es en la vejiga  
En donde Su Eminencia tiene el mal

Dubois murió en 10 de agosto de 1723 á la edad de sesenta y seis años. Fué nombrado entonces primer ministro el duque de Orleans; pero éste, agotado por los placeres, habíase vuelto cada vez más indiferente á todo y murió de apoplejía el día 2 de diciembre.

#### CAPÍTULO IV

##### LA CORTE, LAS COSTUMBRES, EL ARTE Y LA MODA DURANTE LA REGENCIA (I)

###### I. La corte y las costumbres. — II. El arte y las modas

Un gran cambio se ha producido en la vida de la corte al comienzo de la Regencia; el rey niño había sido conducido á Vincennes, en cumplimiento de lo

(1) FUENTES: Saint-Simón (t. XII, XIII, XVI y XVII), Buvat (t. II), Staal de Launay, Mateo Marais, duquesa de Orleans, ya citados.

Respecto de Voltaire y de Montesquieu, véase la bibliografía en el capítulo III del libro II.

OBRAS DE CONSULTA: Lemontey, Michelet, Jobez (t. II), Baudrillard (H.), Wiesener, Perey (*Le Président Henault*) ya citados.

Franklin, *La vie de Paris sous la Régence*, París, 1897 (*La vie privée d'autrefois*, t. XXI). A. de Gallier, *La vie de province au XVIII<sup>e</sup> siècle; les femmes, les mœurs, les usages*, París, 1877. Goncourt (E. y J. de) *La femme au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1877. De los mismos, *Portraits intimes du XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1879. Des-